

La alegría de la luz, filtrándose por las persianas, anunciaba el nuevo día, que presentóse espléndido y soberbio enojado con todo el oro y los brillantes del sol. A fuera, las montañas eran ya color de rosa y de llama, decoradas con variedad de tonos verdes. Aquella quietud placentera veíase alegremente turbada por unas voces de chiquillos que se ocupaban en los trabajos de recolección de las algarrobas: como pequeñas figuritas automáticas veíanse discutir y moverse por unos bancales cercanos, y el aire rasgáron con la viva alegría de las coplas populares...

«Fadrins si voleu fadrines
anau a Bàltx d'e Avall:
són asprives com espines
i fines com un mirall...»

Con la luz del sol lucía el caserío sus rústicos encantos: sus casas morenas de redondos portales, adornadas algunas de ellas, como con colgaduras por la maraña de las enredaderas de las que pendía el frágil encanto de las campanillas azules... Perros vigilantes, gatos familiares, insaciables gallinas de continuo picoteo... La fuente cercana dando su hilo de agua como si debanara una madeja de plata... Mujeres lavando en una alberca... y sobre todo esto, el encanto del ambiente pacífico y de aquella bondad cariñosa y hospitalaria con que nos acogieron y que nos fué más dulce que la rubia miel que nos regalaron por golosina...

La mañana iba vestida de oro y azul, como con un traje de luces. Bajamos a la playa que, por pequeña y menuda, parece de juguete. Desde allí subimos por un camino trazado en la peña, áspero, pedregoso...

«La Calobra té un cinyell
de penyals i petjes males...»

y tiene también, en encantos naturales, un estuche de sorpresas. Que esto era aquel caminito, — conocido con el pomposo nombre de «es carrer nou», — malo para andar, bueno para disfrutar... porque a medida que en él se avanza deja descubrir una serie de bellezas: bellezas en las peñas y en las rocas, bellezas sobre todo, en el mar... Este tenía, en aquellas horas, maravillosos cambiantes de luz y de color: azul oscuro en las riberas sombreadas por costas; azul brillante en su mayor extensión; pinceladas rojizas producidas por los reflejos de las montañas; manchas doradas y esmeraldinas... y sobre todo, frente a la desembocadura del «Torrent de Pareis», tenían las aguas un tono verde tan brillante y tan hermoso y la heria tan viva claridad, que si fuera posible trasladar, exactamente a un lienzo tamaño mara villa, romaríase el cuadro por algo irreal e imposible, fruto solamente de una fantasía de pintor. Pero el Supremo Artista sabe hacer buenos decorados, y en aquel día nos obsequiaba generosamente con uno de sus mejores... Subimos hasta la cumbre de la montaña desde donde se da vista a la imponente hondura del «Torrent de Pareis». Este a un lado, y volviéndose al otro vislumbramos el mar risueño y tranquilo...

Empapados en aquella belleza, retrocedimos el camino andado; pasamos de nuevo por la playita gentil; regresamos al florido caserío; nos despedimos, y por una pronunciada subida entre olivos y algarrobas, inauguramos la tercera jornada de camino... Allí en la cima

«Sota una olivera bella,
dins un éxtasi immens,
era muda la capella
de monsenyor Sant Llorenç».

¡Capillita aislada y solitaria, mitad de «Tuent», mitad de «Sa Calobra»! ¡Capillita que se asoma a ambas partes y que domina también el mar inmenso! Capillita que, de vez en cuando, interrumpe su mudismo habitual para llamar a misa con la voz sonora de su campanal y a misa acuden las gentes de aquellos predios, y se colocan, a la derecha los de «Sa Calobra» — porque hacia aquel lado queda su caserío —; a la izquierda los de «Tuent» — porque hacia aquel otro quedan sus casas desparramadas... Y en el centro del retablo que está sobre el altar; del retablo adornado con floreros de papel de colorines, el Santo Mártir glorioso, — sosteniendo las patillas que fueron instrumento de su martirio, — que da nombre a aquel lugar. Después de rezar unos

El Luchador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fortuny, 1 — Teléfono 2413

Horas de oficina: de 9 a 1

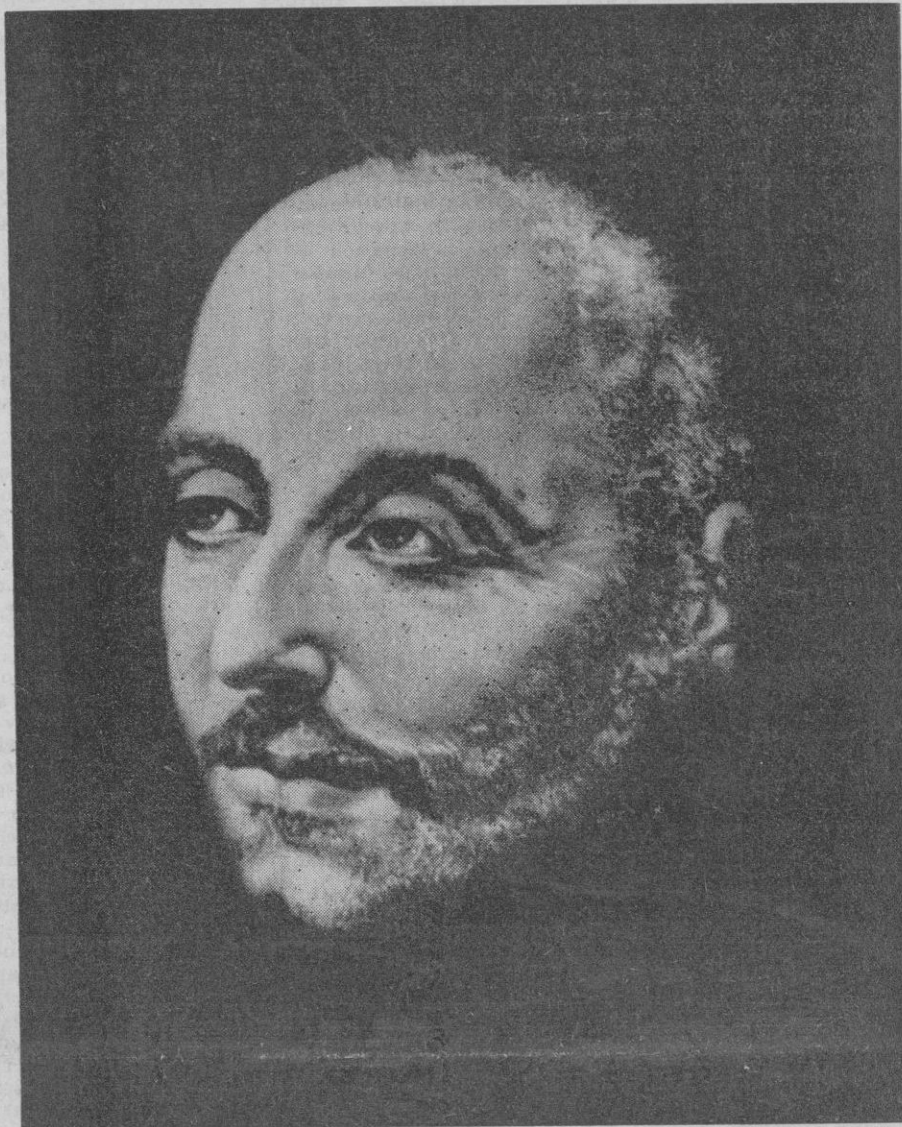
PALMA DE MALLORCA, 19 de Octubre de 1940

Año IX — Núm. 433

FRANQUEO CONCERTADO

SUSCRIPCIÓN: Trimestre 2'50 ptas.
Núm. suelto 20 cts.

Un Centenario Glorioso



San Ignacio de Loyola
Fundador de la Compañía de Jesús

En el Colegio de Montesión se celebra en estos días, solemnemente, el Cuarto Centenario de la Compañía de Jesús. Grandioso acontecimiento evocador de gestas memorables que han dejado huella imperecedera en la historia del mundo y de la Iglesia.

Cuando el Pontífice Paulo III, el 3 de Septiembre de 1539, examinó la primera Fórmula del Instituto de la Compañía, presentada por el mismo San Ignacio a su aprobación, exclamó lleno de admiración: DIGITUS DEI EST HIC es decir: aquí están la santidad, la sabiduría, la prudencia y la clarividencia de Dios. La concepción ignaciana admiró por su gran elevación cuando vino al mundo y asombra hoy cuando la estudiamos a través de cuatrocientos años de gloriosa existencia.

A las grandes obras de la humanidad, pertenezcan al orden natural o sobrenatural, acompañan siempre dos agentes inseparables que ponen de manifiesto su importancia y su grandeza: el amor y el odio. Eso mismo le ha sucedido siempre a la obra gigantesca de San Ignacio de Loyola.

—El Pontificado Romano, cátedra de la verdad y el más justo discernidor de la bondad o malicia de los hechos humanos, ha tenido para la Compañía de Jesús en todos los siglos, la más alta estima, los elogios más encomiásticos y la confianza más absoluta. Nacida esta para la defensa y propagación de la Iglesia y obligada a los Vicarios de Jesucristo por voto especial, ha sido en manos de estos el instrumento providencial en incontables empresas de la mayor gloria de Dios y honra del catolicismo.

Tal ha sido en todos los tiempos la compenetración de la Compañía con la Iglesia de Dios y tan alto el favor y el aprecio de ésta

para con aquella, que los enemigos seculares de ambas las han atacado siempre como si fueran uno solo y el mismo enemigo.

—La posición del mundo frente a la Compañía, no ha podido ser ni más clara ni más decidida. Para unos ha sido siempre lo peor de lo peor y para otros lo mejorable y lo perfecto. Ninguno de los dos bandos ha modificado con el tiempo su criterio ni lleva trazas de cambiar.

Y consecuente con la teoría ha discurrido la práctica. Los enemigos han visto en la obra del inmortal San Ignacio, un prodigio de organización, una fuerza creadora de primer orden, una preparación espiritual y científica de las que con verdad admiten el calificativo de formidables, una capacidad de adaptación al terreno de la lucha que causa asombro y una dirección y constancia en la pelea que la hacen casi o del todo invencible. Por eso la han temido, la han odiado a muerte por pasión y con pasión, y la han perseguido de todas las maneras posibles sin poder jamás derribarla. Si una vez lograron matarla aparentemente, resucitó ella al cabo de muy poco tiempo más pujante y con mayores bríos para luchar contra ellos por Dios y por la salvación del mundo. La enemiga irrefrenable de los malos, no deja de ser una corona brillante para el perseguido. Por eso el actual Romano Pontífice dirigiéndose estos mismos días a los hijos de San Ignacio les ha dicho: «El odio y el rencor con que los enemigos del divino Redentor persiguen a vuestra Compañía, no es deshonra para vosotros, sino más bien una alabanza extraordinaria».

El amor y la estimación del bando contrario, es decir de los buenos hijos de la Iglesia, han sido y siguen siendo acendrados, since-

ros y profundos. Prueba irrefutable de ello es, que no hay nación ni en las naciones provincia de importancia que no tengan casas de la Compañía, a donde acuda el mundo católico en busca de virtud y cultivo espiritual, o para formar en las ciencias su juventud o esperando consejo acertado en las crisis de la vida o aliento y guía en las arduas empresas de la santificación personal o colectiva. Si la Compañía tuviera número suficiente, estaría el mundo lleno de sus colegios, universidades, residencias, centros científicos, escuelas de misioneros y obras de fecundo apostolado. El amor no ha cedido nunca la palma de la victoria al odio y al rencor.

En el siglo XX, el odio y el amor han librado en torno de la Compañía de Jesús batallas reñidísimas. ¿Con qué resultado? Las cifras hablan elocuentemente: Al principio del siglo contaba la Compañía 15.145 miembros entre sacerdotes, escolares y coadjutores. El año 1914 centenario del Restablecimiento de la Compañía, esa cifra se eleva a 16.894. El 1940, cuarto Centenario, ha llegado a ser de 26.303. El amor y el poder de Dios han ganado la victoria al odio y al infierno.

Cuarto Centenario de la Compañía. Fecha gloriosa que el actual romano Pontífice ha festejado con una hermosísima Carta laudatoria dirigida a los hijos de Sn. Ignacio; carta de las que llegan al alma y se apoderan del corazón para siempre. Verdaderamente la Iglesia de Jesucristo ama entrañablemente a la Compañía de Jesús como lo persuade plenamente esa veneranda Epístola que hemos tenido la dicha de leer.

El mundo católico agolpado en todas partes en las Iglesias y en las casas de los PP. Jesuitas, está testimoniándoles este año su

momentos en la muda capilla montañesa, emprendimos la baja da entre un decorado igual que a la subida: olivos y algarrobos. Ya de lejos, la vista se recreaba con la contemplación del mar, que brillaba y relucía en la tarde magnífica. Junto a él, en la playa de «Tuent» espaciosa y bella, donde llegaban las olas suavemente saltarinas y numerosas, descansamos y gozamos un rato. Después, una visita a la fuente cercana y... otra vez hacia arriba... ¡hacia arriba!, siempre entre olivares, (dejando atrás una atalaya en ruinas). hasta desembocar en un senderito estrecho que bordea un pinar y que tiene un respaldo imponente de roca viva. El sendero es largo, largo... y en toda su extensión domina un paisaje espléndido embalsamado con esencias silvestres. Fué desde allí desde donde vimos como.

«La glòria del sol ponent
sobre la mar defallia;
era un ponent incruent
sense el toc d'Ave-Maria»

En la majestad del paisaje de «Sa Costera» veíamos, sobre el cielo y sobre el mar, los rastros de la púrpura del sol que se alejaba... En aquellas soledades ninguna campana llamaba a la oración, pero la naturaleza toda convidaba al recogimiento... Acabado el senderito, empezamos la subida por un bosque que aún nos dejaba ver a intervalos el mar azul que oscurecía por momentos hasta que al fin, le dimos definitivamente la espalda... Y otra vez por un bosque tupido que la luz pálida y escasa del crepúsculo hacía parecer más oscuro y ensedado... Y cuando bajábamos por el mal camino de «na Cavallera», vimos brillar, en lo alto, las estrellas más tempranas, y en lo hondo la luz de la casa de un predio. Y otra vez, como en nuestras «rondaies» hacia la luz de lejanía, «camina, caminarás...» Llegados allí, que era «Bàltx de Avall», pudimos comprobar, otra vez también, — como en otros sitios de paso en nuestros caminos de aquellos días — la acogedora y amable hospitalidad mallorquina. Pero era ya tarde y no podíamos pararnos mucho. Y otra vez a subir por una revuelta carretera que en los bordes de su comienzo tiene una hilera de encauchados cipreses, jóvenes aún, delgados y no altos, que en la penumbra parecían unos meditados frailes novicios. No llegaba aún a nosotros su claridad de plata, pero las altas montañas del fondo eran todas de luz de luna. Hasta que, salidos de la hondura, en «Bàltx d'es Mitg» apareció ella a nuestra vista, grande, redonda, clarísima, como un fanal suspendido en el cielo para alumbrar nuestro largo camino... Seguimos siempre hacia arriba, hasta dejar atrás «Bàltx de Amunt», en aquellas horas completamente tranquilo y dormido. Y ¡adelante! por la carretera que ya era, entonces la última parte de nuestro viaje. Andando, andando, aparecieron a nuestra vista las montañas conocidas, las familiares de todos los días... A un extremo, las lucecitas del Puerto daban la impresión de que aquello era un paraje encantado flotante sobre el mar. Más adentrada en el valle, Sóller, plateada por la luna, era blanca y gentil... Después de la última bajada, (porque Sóller está muy honda y si, forzosamente, para salir de ella hay que subir enseñada, para entrar en ella hay que bajar sin remedio) llegamos, después de tres días de andar por las montañas, cuando la noche acababa de iniciarse en la segunda mitad... Llegábamos de un viaje maravilloso y bello, espléndido y gradabilísimo... Llegamos contentos y enteros: ¡gracias a Dios!

(Y aquí acaba la jornada tercera y última). FAMAM.

inmenso e inquebrantable amor.

En nuestra querida Patria están siendo si cabe, más elocuentes esas manifestaciones como corresponden a nuestro particular parentesco con el glorioso Fundador.

Nosotros, aunque humildes, pero amantes incondicionales de la inclita Compañía y de sus queridos y venerados hijos, nos asociamos de corazón a esas grandes muestras de amor y ponemos al servicio de ella y de ellos para la mayor gloria de Dios, las sencillas páginas de nuestro catolicísimo «El Luchador» ansioso de batallar siempre a su lado, con su ayuda espiritual y con los mismos altos fines que ella tan sabia y santamente persigue.

A la inclita Compañía de Jesús y a todos sus hijos, nuestra más cordial enhorabuena.

